

tancia, sentados hoy al lado de unos pobres indios, vestidos con trajes peculiares. Esta nueva prueba de consideración hácia esta raza que ha sido tan despreciada, y que, sin embargo, forma una gran parte del pueblo mejicano, les ha captado muchas simpatías.»

Eran las ocho de la mañana del siguiente día 31 de Mayo cuando los soberanos salieron de Córdoba, en medio de las aclamaciones del pueblo, para dirigirse á Orizaba, que dista poco mas de cuatro leguas de aquella ciudad. En el sitio llamado Barranca de Villegas, á donde llegaron sin detenerse, les esperaba el prefecto político de Orizaba D. Ramon María Seoane, en compañía de otras muchas personas respetables. Barranca de Villegas es un punto situado en la mitad del camino, entre Córdoba y Orizaba. En él se habia reunido un número infinito de gente que habia acudido de las rancherías y pueblecillos inmediatos. Solo de un pueblo llamado Atzacan, habia mas de doscientos vecinos que estaban allí desde el dia anterior. (1) El emperador y la emperatriz se apearon en una casa que hay en el fondo de la barranca, propiedad de D. Francisco Contreras, y entraron en el edificio para oír á los que se presentaron á felicitarles. Entonces el prefecto político de Orizaba Don Ramon María Seoane, les dirigió un breve discurso. «Yo vengo,» les dijo en él, «á dar á Vuestras Majestades la bienvenida y á felicitarles

1864. por su arribo á nuestra patria, en nombre de
Mayo. treinta y tres pueblos, en el de mas de cin-

(1) Así lo dice el autor del artículo enviado al periódico *El Pájaro Verde* de que antes hice mención, y firmando con las iniciales *B. de T.*

cuenta y tres mil súbditos leales, que, agradecidos á la divina Providencia por el bien que les ha hecho, dispensándoles un grande beneficio, la adoran y la bendicen.

»Esos pueblos, á cuya cabeza me encuentran Vuestras Majestades, ven en sus respetables personas á un guerrero valiente y generoso que les defenderá su independencia, les dará paz y bienestar; á un gobernante instruido, que los dirigirá por el sendero de la equidad y de la justicia, y en ambas á unos padres amorosos á quienes serán deudores de todos los bienes que hacen la felicidad de los pueblos cristianos. Tributan por tantos favores á esa Providencia salvadora sus respetuosos homenajes, porque les dispensa aun su celestial amparo y proteccion; y á Vuestras Majestades rinden por mi medio el mas justo homenaje de su respeto.

»Recibanlo Vuestras Majestades, y permítanme que con toda la efusion de sus corazones profundamente reconocidos, sea el intérprete fiel de los sentimientos que los animan, del único deseo que hoy tienen y por el cual anhelan, porque vivan sus Majestades contentos y felices.»

El emperador respondió en términos los mas afectuosos; y la inmensa multitud prorumpió en vivas á los soberanos.

Pocos momentos despues la comitiva imperial se puso de nuevo en marcha, en medio del estrépito de millares de cohetes voladores y del ruido incesante de las aclamaciones de la muchedumbre.

Desde la Barranca de Villegas hasta la hacienda de Cuautlapa, se veia adornado el camino con sencillos pero

vistosos arcos hechos por los indios de Atzacan, Naranjal, Cuesala y Tenejapa. Los vecinos de estos pueblos se habian colocado de trecho en trecho, con millares de ramos y flores á lo largo del camino, y al pasar el emperador y la emperatriz agitaban sus sombreros y ramilletes, victoreándoles con entusiasmo indescriptible.

Eran las doce del dia cuando la comitiva imperial llegó al arco que forma la puerta de la ciudad de Orizaba, encima del cual, y al rededor del escudo se lee este lema que forma el blason de la ciudad.

Benigno el clima, fértil el suelo, cómodo el estío, y leal el pueblo.

En esa puerta de la ciudad, en un salon de antemano preparado, recibieron á los soberanos el prefecto municipal D. Avelino Herrera, con el ayuntamiento bajo de mazas, el presidente del tribunal mercantil, con sus secretarios, los jueces del ramo civil y criminal, y otros muchos individuos notables.

Después de la felicitacion de bienvenida dada por el prefecto municipal, los soberanos entraron en el coche. El pueblo quiso desenganchar los caballos del carruaje para tirar de él y entrar de este modo á la ciudad; pero el emperador manifestó que no podia aceptar, aunque lo agradecia, un homenaje de esa naturaleza, y el pueblo, desistiendo de su empeño, prorumpió en aclamaciones á los soberanos.

1864. Las calles, adornadas con vistosos arcos, se hallaban apretadas de gente de todas las clases de la sociedad. Los balcones, esmeradamente engalanados con vistosas colgaduras, se veian llenos de señoras

llenas de elegancia y de belleza; y las azoteas de las casas se veian igualmente coronadas de personas que demostraban en sus palabras y semblantes la alegría que les dominaba.

Entre la inmensa multitud que se habia situado en las calles por donde debia pasar la comitiva imperial, se distinguian los innumerables indios de toda la comarca que habian ido á conocer á los soberanos. Ellos habian hecho la mayor parte de los arcos que adornaban las calles; y no solamente los habian hecho, sino que los habian llevado, cargándolos en hombros, desde sus pueblecillos, colocándolos luego en los puntos mas convenientes. Allí se hallaban millares de esos indios, sentados en el suelo, á lo largo de las orillas de las aceras, con sus sombreros de paja de anchas alas, su estrecho calzon que apenas cubria la rodilla, desnudas las piernas y calzados con humildes *guaraches*, (1) esperando la llegada de los soberanos que acababan de recibir las felicitaciones del prefecto municipal en la puerta de la ciudad.

Era la una de la tarde cuando asomó la comitiva imperial en la calle Principal. La voz de, *ahí llega el emperador*, se escuchó por todas partes. Los indios que estaban sentados, se pusieron en pié, apoyados muchos de ellos en sus bastones con puño de plata, porque eran alcaldes, único distintivo que hacia conocer su autoridad, pues el traje era igual al de todos los otros de su raza. «Allí estaban,» dice al hablar de esos indios el autor de la descripcion enviada al *Pájaro Verde*, «fijos los ojos y el pensa-

(1) Especie de sandalias.

miento en lo que venia, sérios y graves con la representación de sus municipios, no obstante su vestimenta humilde, sus piernas desnudas y sus piés descalzos.»

La multitud de personas que ocupaban los balcones, las azoteas, las puertas de las casas y la calle, prorumpió en vivas y aclamaciones á Maximiliano, Carlota, á la religion y á la patria.

En medio de estas manifestaciones de entusiasmo atravesaron las calles de la ciudad y llegaron al átrio de la parroquia donde se apearon. Recibidos allí bajo pálio por los obispos de Puebla y de Veracruz, el cura párroco y otros individuos del clero, entraron á la iglesia, donde se cantó un solemne *Te-Deum*.

Terminado este acto religioso, se dirigieron, á pié, á palacio en medio de las aclamaciones del pueblo. Vestia el emperador pantalon blanco, levita negra y sombrero aplomado de copa alta, sin ningun distintivo. La emperatriz llevaba vestido y manteleta de seda de color de café, y sombrero del mismo color.

Llegados á palacio, la emperatriz fué recibida por una comision de señoras que la felicitaron por su feliz llegada.

En seguida entró en el salon en que se hallaban los soberanos, el ayuntamiento con la comitiva oficial, y el prefecto político les dirigió un breve discurso manifestándoles los sentimientos de cariño y de respeto que el pueblo de Orizaba les consagraba.

Satisfactorio era para el emperador y la emperatriz escuchar aquellos discursos que veian estaban en armonía con las manifestaciones hechas por los habitantes de la ciudad; pero lo que les conmovió tiernamente fué una es-

cena digna de los tiempos patriarcales, que se verificó al siguiente dia de su llegada á Orizaba. He dicho
1864. Mayo. cho que millares de indios de los pueblecillos inmediatos á la ciudad habian ido á ésta, con sus alcaldes, para ver entrar á los soberanos, habiendo sido ellos los que adornaron de arcos el camino y las calles por donde tenian que pasar los augustos cónyuges. Pues bien, no satisfechos con esto, sino queriendo manifestar por medio de la palabra el tierno afecto que sentian por el hombre que habia sido elegido para ocupar el trono, el alcalde y regidor del pueblecillo de indios del Naranjal, en union de dos vecinos que tenian el cargo de *topiles*, especie de alguaciles á las órdenes de los jueces, y de dos jóvenes indias, se presentaron, presididos por el cura del mismo pueblecillo, á los soberanos. El alcalde, llegándose respetuosamente al emperador y presentándole por medio de las dos jóvenes indias una flor (*xochitl*), le dirigió, en lengua azteca, este sencillo y breve discurso, que el abogado Don Faustino Galicia Chimalpopoca, que estaba presente, lo vertió al castellano ante los soberanos.

«Nuestro honorable emperador, aquí tienes á estos pobrecillos indios hijos tuyos, que han venido á saludarte, y á que sepas que les alegra mucho el corazon tu venida, porque en ella ven á manera de un arco-iris, que desbarata las nubes de discordia que parece se habian avecinado en nuestro reino. El Todopoderoso es el que te manda: que él te dé fuerzas para que nos salves. Aquí está esta flor: mira en ella una señal de nuestro amor: te la dan tus hijos del Naranjal.» (1)

(1) El discurso en idioma indio decia así.

El emperador Maximiliano que tenía un corazón compasivo y que miraba con ternura paternal la sencillez de aquella raza humilde, útil y servicial, contestó con las siguientes palabras que estaban en consonancia con el candor y primitiva sencillez de los del alcalde indio.

«Me es muy grato, mis queridos hijos, recibiros en comisión de vuestro pueblo; porque es una prueba de la confianza que debeis, poner en mí para lograr la paz y el bienestar de que tanto tiempo habeis carecido.»

«Podeis contar con el solícito empeño que tomaré para proteger vuestros intereses, fomentar vuestras labores y producciones agrícolas, y mejorar en todo vuestra situación, y así podeis anunciarlo á los habitantes del Naranjal.»

Las palabras del emperador fueron repetidas por el intérprete Don Faustino Galicia Chimalpopoca en idioma azteca, que las escucharon el alcalde y los de su comitiva, con suma complacencia. (1)

«No mahuistililoni tlaetocatziné, nican tiquimopielia mo icno masehual conetzitzihua, ca san ye ohualacque o mitzmotlaepalhuilitzinoto, ihuan ica tiquimomachtis ca huel senca techyolpaqui mo hualialitzin ipampa itech tiquita aco se cosamalotl quixitintihuitz inon mexicolismixtl nesi ye omochautihea ipan to tlaetocayotl. In senhulitini mitztitlania, ma yehuatzin mitzmochicahuili ica titechmaquixtis. Nis tiquimopielia inin maxochtzintl, quen se machiotl in tetlasotla litzin, mitzmo maquilia mo xocotitlan conetzitzihua.»

(1) Hé aquí las palabras del emperador vertidas al idioma azteca por el intérprete.

«Cenca no huey paqueliz, no tlazo pilhuane, in anhualmicaque cetilizca ipampa anmo altepelzin: Yuhquion an quimo eittitilia inhuei yolchicahuiliztli in anqui mo lalilia no macpan mic axilo loz paccayotl ihuan in cual ye litzle in yehuecauh amo anquino pielia.»

«Ma xiemo machitican ca niauh niclchihuaz mochi tein monequi inie nie palehuiz tein anmo axcatzin, nie yolchicahuaz amo quitzin ihuan mochi milpan tlachihualiztli ihuan nie yec tlaliz amo nemilitzin. Yuhquinon xiquin molhuilican in ompa Naranjal tlaca.»

1864. Era verdaderamente notable ver la alegría Mayo. y el entusiasmo que manifestaban los pueblos de los indios por la llegada de los soberanos. Ellos, ajenos siempre á la política y la marcha de los negocios públicos, eran en esos momentos los que se mostraban mas solícitos en mostrar su amor á los nuevos soberanos. Este entusiasmo sincero y ardiente manifestado por la raza india á los que habian sido llamados á ocupar el trono de Méjico, lo han descrito aun los escritores menos adictos al imperio, aunque atribuyéndolo alguno de ellos á una supersticiosa creencia. «Con tal naturalidad se expresaba el pobre indígena,» dice el autor opuesto á la idea monárquica á que me refiero, «que como todos los de su raza, guardaba viva en su corazón la supersticiosa creencia que de padres á hijos se habia transmitido, y segun la cual llegaría un dia desde el Oriente un jóven de blonda barba y ojos azules, bajo cuyo reinado su raza se levantaria de su lamentable decadencia. Este jóven prometido era para los indios el archiduque Maximiliano, y de aquí el fanático entusiasmo que en todas partes le mostraba aquella pobre y desgraciada raza.» (1) A esa misma causa atribuyó un diputado francés el respeto y placer manifestados por los pueblos indios al nuevo monarca. En su discurso, refirió la profecía, que escucharon con suma atención las cámaras, de que se les habia prometido «que iria á libertarles un hombre blanco, de azules ojos y rubia barba, cuyo hombre blanco creian que era Maximiliano.»

(1) «Historia de la guerra de Méjico desde 1861 á 1867,» por D. Pedro Pruneda.

El deber de presentar la verdad histórica de una manera exacta, me pone en la precision de manifestar que la raza india no esperaba en esa época la realizacion de la tradicion á que se refieren el diputado francés y el autor de las palabras que dejo copiadas; y que, en consecuencia, el entusiasmo frenético que mostraba por el nuevo emperador, reconocia causa muy diversa de la que ambos suponen. La supersticion religiosa á que se refieren, habia existido en los indios antes de la llegada de Hernan Cortés á Méjico: cuando sus habitantes estaban envueltos en la idolatría; pero terminó desde el momento que desapareció el imperio de Moctezuma, y á los sacrificios humanos sucedió la religion del Crucificado. Los antiguos aztecas, segun la promesa de su dios del aire Quetzalcoatl, que significa *serpiente armada de plumas*, habian esperado que volviese él, pues esa fué la promesa que hizo á los choluleses; y la idea que tenian del color de su pelo y barba, en nada correspondia al que presentaba el cabello y barba de Maximiliano. Los antiguos indios decian que Quetzalcoatl habia sido blanco, de ojos grandes y negros, de cabello largo del mismo color, y la barba tupida y negra. Con estas señales encontraron que correspondian las de los españoles que llegaron con Hernan Cortés; y juzgándoles sus enviados ó sucesores, pues esperaban en su lugar que llegasen unos hombres barbudos, blancos y de brillantes armas, no titubearon en reconocerles como los prometidos por Quetzalcoatl. La tradicion, pues, se habia realizado para ellos. Moctezuma mismo se lo dijo asi á Hernan Cortés, y convencido de ello puso á su disposicion el reino entero, protestando obsequiar su voluntad y respetar sus

disposiciones. La tradicion, por lo mismo, habia acabado ahí. Desde ese momento nadie pensó en ella sino como hecho consumado, pero de ninguna manera por consumir. Convertida al catolicismo la raza india, no se cuidó ya de sus antiguas creencias, y la tradicion referida se fué perdiendo hasta olvidarse la memoria de que habia existido y aun de que se habia realizado, no teniendo conocimiento de ella sino los hombres amantes á la historia, en cuyas páginas habia quedado consignada. Se puede asegurar que en la época en que llegó el emperador Maximiliano á Méjico, ninguno de los indios que salieron á manifestarle su adhesion, sabia siquiera que habia existido la promesa hecha por el dios del aire Quetzalcoatl; pero á saberlo, ninguno hubiera ignorado que habia quedado realizada hacia trescientos cuarenta y tres años, habiendo sido gobernados por los reyes de España.

La proclama dirigida por el abogabo Don Faustino Galicia Chimalpopoca el 1.º de Octubre de 1863 á la raza india á que pertenecia, así como todas las palabras dirigidas por las autoridades de la misma al emperador, están demostrando que era el deseo de paz, el afan de que se respetase la religion católica que profesaban, el que les hacia acoger con entusiasmo al nuevo soberano.

Los indios se habian visto desde que el país consumó su gloriosa independenciam, arrancados de las labores del campo y del seno de sus pobres familias, para ser llevados por fuerza á las filas de los ejércitos de uno y otro partido; sin que ninguno de los diversos gobiernos que se habian sucedido, les defendiese de los vejámenes que sufrían, ni les guardase las consideraciones que á los de-

más ciudadanos. La esperanza, pues, de que serian vistos con cariño, que no se verian arrastrados arbitrariamente á servir en los ejércitos y que serian atendidos en justicia como los demás habitantes del país, era la causa de aquel entusiasmo por el imperio y el emperador. Ahí es donde realmente existia el motivo, y no en tradicion ninguna, de que aquellas dos terceras partes de los habitantes del país recibisen á los nuevos soberanos con el entusiasmo que todos los escritores, sin excepcion, confiesan que les animaba.

La proclamacion hecha por el abogado Don Faustino Galicia Chimalpocá el 1.º de Octubre de 1863 á la taxa india á que pertenecia, así como todas las palabras dirigidas por las autoridades de la ciudad al emperador, así como también el deseo de paz, el plan de que se respetase la religion católica que profesaban, el que les hacia reager con entusiasmo al nuevo soberano.

Los indios se habian visto desde que el país conquisado en gloriosas independencias, arrastrados de las labores del campo y del seno de sus pobres familias, para ser llevados por fuerza á las filas de los ejércitos de uno y otro partido; sin que ninguno de los diversos gobiernos que se habian sucedido, les defendiese de los vejámenes que sufrían, ni les guardase las consideraciones que á los de-

obediencia el general republicano Arzaga al general en jefe Uruga.—El mando del ejército juarista el general Uruga.—Es nombrado general en jefe del ejército juarista el general Roldán.—Se manda á prestar obediencia al general Arzaga.

1864

terminó el mes y en el cual llegaron á Oaxaca. La tarde siguiente que les hicieron los habitantes de esta ciudad para ser más sincera y entusiasta. La tarde siguiente de la mañana del siguiente día 11 de

CAPITULO IV.

Continúa la descripción del viaje de Maximiliano de Veracruz á la capital de Méjico.—Recepcion hecha en Méjico á Maximiliano.—Las mejicanas regalan un tocador á la emperatriz.—Da el emperador cinco mil duros para que se repartan entre las personas más necesitadas.—Visita la emperatriz varios establecimientos de beneficencia, entre ellos la Casa de Expósitos.—Algo sobre la fundacion y fondos que tuvo este establecimiento.—Decreto del emperador mandando que en las oficinas del gobierno se trabajase los domingos.—Declara fiesta el 16 de Setiembre.—Es nombrado prefecto político Don Miguel María de Azcárate.—Sufré un descalabro en San Gregorio el jefe juarista Don José Rincon Gallardo.—Toman los franceses la plaza de Acapulco.—Son sorprendidos en Valparaiso los jefes juaristas Corona y García de la Cadena.—Sorprende el jefe republicano Riva Palacio un destacamento imperialista.—Insurrecciones en algunos pueblos de Nuevo-Leon y Coahuila contra el gobierno de Don Benito Juárez.—Una carta escrita por personas notables del partido liberal al general Uruga aconsejándole que reconozca el imperio.—Circular del general republicano Uruga.—Niega la